

## MISIÓN DE LA POLÍTICA, SU DIGNIFICACIÓN Y FORTALECIMIENTO

Pedro G. ZORRILLA MARTÍNEZ

Todo parece disfrazar la esencia de lo político. La decisión es fundamental en la política, que no se concibe sin la acción. Nada es más opuesto a este arte de la decisión y de la responsabilidad, que interesa a todos, que la vanidad y la mediocridad; por lo mismo, son defectos más dañinos en política que en cualquier otra actividad.

La tecnocracia se caracteriza por tener la pretensión de influir definitivamente sobre la determinación política, sin asumir las consecuencias ni responder por ellas.

Ninguna relación de medio a fin, en política, se da en total conformidad con las previsiones y los cálculos; siempre hay que resolver urgencias, superar obstáculos inesperados, sorpresas y secuencias subsidiarias, que pueden llevar a recurrir a medios que se habían puesto a un lado, por respeto a ciertos valores o en atención a algunas prohibiciones, pero que después se hicieron instrumentos inevitables para llevar a buen fin una tarea. Los defectos de una acción no se revelan sino cuando está en curso.

En política, las relaciones de instrumento a resultado implican la finalidad deseada, pero también consecuencias no queridas, que es preciso asumir. La responsabilidad política es una confianza sin seguridades, un riesgo sin garantías, una determinación sin certeza.

Si se quiere conocer cuál es el fin específico y los medios propios de la política, la indagación no es fácil, porque hay barreras que pueden desnaturalizar los fines de la política. Por ejemplo, los comunismos, socialismos, liberalismos, despotismos, y parlamentarismos, las democracias, las teocracias, la ideologías, herejías y proclamaciones. Según estas teorías, doctrinas y regímenes, la política podría perseguir los fines más diversos y contradictorios: la libertad, la igualdad, o la justicia; la fraternidad, la

lucha de clases o su desaparición, el prestigio, la pureza de raza, el Estado de derecho, la solidaridad y muchos más.

Lo mismo sucede con los medios: lucha, astucia, fuerza, negociación, violencia, terror, subversión, guerra, derecho.

La política ciertamente busca asegurar la libertad, pero participa con otras actividades en dicha obra común, a su propia manera, y dentro de los límites de su finalidad exclusiva: la seguridad externa y la concordia interna de una unidad política, y, asimismo, con su instrumento exclusivo, que es la coacción o la fuerza. Queda claro aquí que la libertad política está en el respeto de las reglas y de las leyes.

Si se quiere determinar cuál es la finalidad de la política, específica de la esencia de lo político, ella debe permanecer, invariablemente, sea cual fuera la colectividad y el país; es decir, ser inmutable en el tiempo y en el espacio, e independiente de contingencias, de ideas de una época, y de partidos o doctrinas que pretendieran orientar a su modo la actividad política.

La sociedad tiene por tarea el establecimiento y la preservación de la libertad, o la instauración de la igualdad, el reino de la justicia, o la garantía de la seguridad de sus miembros. Intelectualmente no hay dificultad para combinar estas finalidades; en el plano de la acción, por el contrario, no se podría ser negligente con desviaciones y necesidades, pasiones, noblezas, ambiciones, impaciencias y debilidades humanas.

El fin específico y exclusivo de la política se determina en función del sentido y razón de ser de una colectividad; es decir, consiste en la voluntad de una unidad política de conservar su identidad, su integridad y su independencia, en la concordia o armonía interior y en la seguridad exterior.

En la interacción de las diversas actividades humanas, la política es también el sitio —pero aquí no el único— en el que el hombre trata de dar consistencia a los fines humanos básicos y últimos, tales como la justicia, la libertad o la felicidad.

El hombre actúa siempre en vista de un bien, de un interés. ¿Cuál es entonces el que es específico de la actividad política? Desde luego, no se trata de uno propio de particulares, y ni aun de la suma de todos ellos; tampoco es el caso de un bien del Estado en tanto que tal, sino de la comunidad completa, en el seno de la cual los individuos se suman a título de miembros, que lo son de un Estado, como institución. Dicho de

otra manera, no es el bien del Estado o de la república por ella misma, ni el de cada uno de sus integrantes, sino el pueblo que forma una colectividad política. Si los hombres continúan viviendo en sociedades de ese carácter, es que encuentran un interés, porque descubren lo que les parece ser la razón de la sociedad y de su vida en común. Si la naturaleza humana no advirtiera bien alguno en este género de vida, ninguna unidad política sería estable y durable.

Aunque se han usado diversas denominaciones para designar este valor, este interés colectivo político, el que tiene más tradición es el nombre de bien común, empleado originalmente por santo Tomás de Aquino; pero se utilizan asimismo los conceptos de interés público, o general, o social; o utilidad pública, o común o social.

En síntesis, la finalidad exclusiva de la política, el bien común, consiste, por una parte, en la solidez de las relaciones exteriores, lo que genera seguridad y protección; y, por otra parte, en el mantenimiento del orden y el establecimiento de condiciones de vida razonables, lo cual corresponde a la paz interior en la prosperidad.

La conducta interior y la prosperidad se logran por muchas vías simultáneas; algunas de las más importantes son, por lo que toca a la armonía, el Estado de derecho y la solución pacífica de todo tipo de controversias jurídicas, políticas, económicas y otras. Por cuanto atañe a la prosperidad, debe lograrse el “constante mejoramiento del pueblo” en todos los aspectos, mediante el desarrollo económico y social, que siempre es posible cuando hay instituciones sólidas, sistema jurídico eficaz y respetado, certeza jurídica, seguridad pública y un Poder Judicial que brinde una justicia pronta y expedita.

En lo que toca a la seguridad exterior, se deben hacer jugar todo tipo de relaciones hacia fuera: diplomáticas, económicas, culturales y otras más.

Tanto la política interior como la exterior son dos aspectos de un mismo valor, cuya posibilidad de realización varía con las condiciones históricas.

La actividad política, más que cualquier otra, está sembrada de fracasos y de éxitos a medias. También sucede que los responsables de la política se dejan, a veces, desviar del cumplimiento de los objetivos dictados por el bien común para perseguir otros, que responden a sus ambiciones e intereses personales. Es en este nivel de fijación de objetivos en el que se plantean las cuatro grandes cuestiones de toda actividad po-

lítica concreta, como, por lo demás, de la acción en general: el problema de la selección de los medios o instrumentos, y del método; el de las consecuencias; y el de la competencia y la responsabilidad.

El propósito de la política no es sino lo posible, y sólo los instrumentos son reales porque ponen en movimiento tanto el espíritu como el cuerpo. En tanto que la voluntad no desciende hasta los medios, no es sino un deseo o una preferencia; no es acción, ni aun decisión en el sentido propio del término. Medios son, así, los recursos materiales que permiten pasar de la concepción a la realización.

Hay siempre varios instrumentos alternativos para alcanzar un resultado; la selección de los mismos incluye una parte imponderable, que hace que el pensamiento lógico se encuentre imposibilitado de tomarla en consideración. Además, cada objetivo requiere de alguna forma y por sí mismo una opción de métodos. En política no se trata siempre de actuar prudentemente, sólo en función de los instrumentos que se tengan, sino también atendiendo al objetivo fijado, para darle la dimensión de la audacia. Los medios tienen un carácter condicional, ya que con recursos análogos uno fracasa donde otro triunfa. No es raro que quien tiene una superioridad evidente sea derrotado por quien sabe utilizar los instrumentos de que dispone con habilidad, perspicacia y audacia.

La inteligencia pone en movimiento los medios, pero hay también un problema de método. Éste consiste no sólo en una organización racional con programa y plan, sino también en una economía, en el sentido de que se trata de obtener lo más posible con los menores recursos. La metodología es un arte que se caracteriza por la elegancia en la acción. Sin embargo, no se debe caer en el fetichismo metodológico, pues la aplicación de reglas requiere asimismo de inteligencia, suavidad, experiencia y de un sentido de anticipación. La acción no surge del método, sino de la acción.

Los instrumentos no tienen sentido por ellos mismos, porque valen en función del objetivo al que se trata de llegar; así, en política, una acción que se limita a una pura manipulación de recursos no es sino espectáculo; los ciudadanos prefieren una resolución equivocada a la indecisión. Finalmente, es útil recordar que una política experimental disgusta a la comunidad, porque no se toleran las dudas, las indefiniciones, los errores. La idea misma de una política de este tipo se funda sobre un malentendido, porque la experimentación procede en el orden del conocimiento,

no en el de la acción. La acción política, por ello, no es un espacio de ensayos.

Nunca es posible regresar al inicio de una acción en curso, porque toda actividad, y así la que es política, genera desde su principio una dirección irreversible y tiene resultados que no pueden hacerse desaparecer.

Desde Maquiavelo, es usual considerar la fuerza y la astucia como los dos medios propios de la política.

Lejos de ser despreciable y perturbadora, la fuerza es en política, al contrario, un medio esencial y a veces el único que tiene la capacidad de asegurar con eficacia la estabilidad, el orden y la justicia. Si no pudiera hacer uso de la fuerza, ningún Estado subsistiría; ésta, y unos medios de presión, de coerción, de destrucción y de construcción, que la voluntad y la inteligencia políticas, fundadas en instituciones, hacen funcionar, son las solas, en ocasiones, que podrían contener otros poderes en el respeto de un orden, o vencer una resistencia o una amenaza, combatir fuerzas adversas, o llegar a un compromiso o a un equilibrio.

Si se entiende positivamente la fuerza, se verá que es uno de los aspectos de la justicia y de la dignidad humana en política y, al mismo tiempo, también es un medio usual de la actividad política ordinaria para garantizar la seguridad externa y mantener la concordia. Sólo una visión utópica de la paz se niega a ver en ella un acto político, que por supuesto es.

La vida política tiene que darse con el ingrediente de la coacción; sin esta manifestación de la fortaleza pública, no habría ni orden ni Estado. Porque todo Estado es coacción, y se asienta en el supuesto de mando y obediencia; la fuerza es inevitablemente el medio básico de la política, es decir, pertenece a su esencia, en la inteligencia de que la legalidad sirve para moderar la potencia, que está al servicio del orden social, del respeto de las costumbres, de las instituciones, de las normas y de otras estructuras jurídicas.

Pero hay que recordar que no debe identificarse la coacción, que es una manifestación legítima de la fuerza, con la opresión, que es la transformación de la fuerza en violencia.

Por lo que respecta al derecho, la noción de justicia no puede separarse de la creencia en un sistema de valores, y de un deber ser; por esto, no es verdad que la fuerza cree el derecho o sea su fundamento, y tampoco lo es que el derecho genere aquélla. Si el derecho fuese un conjunto de

normas que llevarán en sí mismas la coacción, el Estado y el mando no serían sino expresiones del derecho; es decir, lo político estaría subordinado a lo jurídico.

El derecho y la coacción son dos elementos fundamentales y permanentes de la vida colectiva; el derecho es el conjunto de reglas que se da la política para utilizar con eficacia la coacción al servicio de sus propósitos.

Por otra parte, la astucia es un término que sirve para designar los procedimientos indirectos que utiliza la inteligencia; es una de las formas características de aplicarla, y no es un medio específico de actividad alguna.

La astucia es indispensable, pero un Estado no podría sostenerse y durar si se fundara únicamente sobre ella, pero le faltaría la estabilidad, la seguridad y la continuidad, que sólo la fuerza puede garantizar. Astucia, en suma, es la manera indirecta de utilizar cualquier medio, ya sea de orden político, económico, religioso u otro.

Puede afirmarse que la política es la actividad social que se propone asegurar, por la fuerza, generalmente fundada en el derecho, la seguridad externa y la armonía interna de una unidad política particular, aportando un orden a las luchas que nacen de la diversidad y de la divergencia de opiniones y de intereses.

Acometer una obra al servicio de la comunidad es superar el presente, y afrontar el largo plazo; todo gobierno digno de este nombre se da por tarea trabajar para el futuro, para la posteridad, con el propósito de hacer viable en el porvenir la vida de una nación, aun cuando no lo declare expresamente. Repudiar la política es no creer en el futuro, no tener fe en el hombre; es despreciar a la humanidad.

Toda acción política juega con el miedo y manipula intereses, pero también y sobre todo es un honroso servicio, que despierta devoción. La verdad política no está en el justo medio, porque exige audacia, previsión y valor.

De los problemas de la esencia de la acción, el relativo a las consecuencias, es de alta importancia. Si el esfuerzo que se aplica a la selección y empleo de los medios exalta la voluntad, la medición y el cálculo de posibles resultados lo lleva a percibir sus límites.

La acción puede producir frutos desmesurados, de una singular magnitud, que anulan la capacidad de diseñar nuevas previsiones; a veces, desorientan de tal manera que parece que el actor es un aprendiz de brujo.

Usualmente, los hombres calculan lo mejor que pueden los resultados previsibles de su acción, antes de iniciarla; se evalúan los riesgos, se toman precauciones y se orienta la acción según las experiencias y las probabilidades favorables o desfavorables que se entreen. Lo posible y lo probable son categorías fundamentales para el empleo de los medios.

Es cierto que nada comienza nunca absolutamente y nada se acaba jamás totalmente. La humanidad va de actividades en actividades, de lecciones en lecciones, de sucesos en sucesos y de efectos en efectos. En política, los objetivos adquieren sentido sólo por sus resultados en relación con la finalidad de la política, aun cuando secundariamente puedan ser aprovechados también para satisfacer ambiciones personales.

Los resultados reales no siempre responden a la teoría; cuando se esperaba un objetivo determinado y deseado, debe rectificarse y tienen que tomarse otras decisiones adicionales, porque también se dieron frutos no deseables.

Existen consecuencias previsibles, y las que no lo son. Entre las primeras están las que fueron bien prefiguradas, y son las razones para haber actuado en busca de un objetivo determinado; pero frecuentemente se dan unas que no fueron consideradas previamente, por negligencia o por imprudencia, y que cuando aparecen arriesgan una ruta, así como igualmente sucede con lo imprevisible. Una visión anticipada exige hacer un cálculo bien fundado y tener una intuición que provenga de la experiencia humana. Y conviene recordar que no hay acciones cuyas secuencias sean todas positivas o todas negativas.

Los efectos que no pueden ser previstos constituyen circunstancias totalmente contingentes, puesto que se dan por azar; no es posible prever un terremoto u otra catástrofe natural.

La capacidad de previsión es un ingrediente fundamental de toda acción y condición de éxito siempre que se asuman responsablemente todos los resultados, aun los que no fueron deseados. Es esta actitud la que hace la grandeza del político y de su obra.

Cada tarea se inscribe necesariamente en una serie de secuelas que provienen de acciones más antiguas; igualmente sucederá con las decisiones nuevas, que darán lugar a sus propias cadenas de hechos resultantes.

Así, éxitos inmediatos pueden parecer fracasos a la larga, y por sus secuencias; y un fracaso, por lo mismo, como éxito. No hay manera de limpiar la historia pasada, ni de prevenir errores para el futuro.

En este espacio de los objetivos, los medios y las consecuencias, aparecen en juego las genuinas opciones políticas. Sólo en este nivel se delibera y realmente se decide; se trata de la política de un gobierno. Una vez dados los presupuestos, la finalidad específica y exclusiva de lo político permanece inmutable, y no se modifica más. Nadie opta entre la seguridad y la inseguridad, o entre la concordia y la discordia, sino solamente entre factores que puedan crear condiciones de seguridad y de concordia.

La elección se realiza en la acción misma, y en un contexto determinado; esto significa que da lugar a una decisión concreta, que tiene que ver con una realidad material, que a su vez será donde operarán los medios, en función de una situación determinada, para generar resultados que se encaminen a la consolidación de la finalidad de la política.

Una acción individual no es el propósito único de una selección, porque tiene que completarse con una continuidad de alternativas, que permitirían alcanzar el objetivo. Hay que escoger permanentemente, después de la decisión inicial, para hacer intervenir o no un nuevo factor, o para utilizar, o no hacerlo, de una distinta manera los recursos, al aparecer dificultades imprevistas que arriesgarían el resultado deseado. Seleccionar no es sólo darse razones, o señalar una entre varias alternativas, sino aplicar la voluntad a una finalidad. Una preferencia que no se complementa con una decisión concreta, dando lugar a múltiples consecuencias que exigirán, a su vez, nuevas opciones, no es una auténtica selección. Un programa político se integra por un conjunto de preferencias; la decisión no está en dicho programa.

En el ámbito de los objetivos, y no en otra parte, se manifiesta la competencia o capacidad política, y la responsabilidad nace efectivamente. Es sólo al realizarse una obra cuando se demuestra el genio, el talento o la mediocridad. Cada docente piensa que es un gran pedagogo, pero en realidad no es buen profesor o educador sino frente a los estudiantes. Ser un teórico de la política es distinto a dirigir con eficacia y autoridad un gobierno. Sucede lo mismo con el diseño de un programa político: no por ello quedan demostradas las capacidades de un estadista. La aspiración a la paz y a la libertad no es criterio de competencia, porque muchos fracasos tienen antecedente en buenas intenciones. La competencia se mide por la sagacidad y la inteligencia en el uso de medios o instrumentos, en la previsión de consecuencias y en la asunción de responsabilida-

des; no por lo sublime de los fines. En suma, no hay éxito o fracaso políticos sino en el ámbito de los objetivos.

En una sociedad es necesario determinar políticamente quién debe responder; si no es así, la vida social se volvería imposible.

Tampoco puede eludirse el problema de la violencia, y de si es o no inherente a la política. Es sabido que fenomenológicamente lo es.

La responsabilidad debe entenderse no sólo en el sentido negativo de la culpabilidad, porque tienen un aspecto positivo, que es el mérito.

Hay que evitar una confusión entre el fracaso y la culpa. El primero es signo de impotencia, atribuible a errores técnicos y metodológicos, a negligencia, a falta de preparación, a una carencia de juicio y de audacia, o a la presencia de sucesos imprevisibles que no se supieron controlar; no es la señal de una torpeza moral, porque tendría que verse, en el éxito, un criterio de belleza y altura ética.

No puede haber responsabilidad respecto de las finalidades de la política, porque es normal que una colectividad busque protección ante el enemigo y los riesgos interiores y exteriores, y procure los mejores elementos para defenderse. Es inadmisibles condenar a un hombre de Estado, sea desde un enfoque ético o político, por trabajar en favor de la grandeza de la nación.

Sin importar cuál sea el pensamiento político de un gobierno y lo elevado de sus fines, sólo los medios y las consecuencias constituyen una base sólida para evaluar su responsabilidad y competencia. Éstas son las únicas pruebas que efectivamente permiten al político mostrar sus capacidades o su incompetencia, sus virtudes o sus defectos, su autoridad moral o su deshumanización. Al utilizar los medios, se tiene éxito o se fracasa.

El político es responsable, lo cual no es equivalente a afirmar que es culpable, de los medios que emplea y de las acciones que tolera u ordena. Las singulares características en las que se da la acción política desconciertan a la crítica del deber político; por razón de las secuencias imprevisibles de las decisiones, nunca puede haber sentencia definitiva. Por ello, la sabiduría política generalmente se opone a que se lleve a un jefe de Estado desafortunado ante un tribunal; salvo los fanáticos de una doctrina, en principio, se rechazan las condenaciones puramente políticas.

Además, la dispersión de la autoridad, en el Estado moderno y legalista, provoca también la atomización de la responsabilidad política en

las intenciones y en los fines; pero, por otra parte, hay una casi imposibilidad para definir una legitimidad de largo plazo, por razón de la oposición de ideologías.

La responsabilidad es una noción moral, aun en política; no aprueba la violencia gratuita, ni la excesiva o la que se emplea sistemáticamente cuando hay vías menos radicales para enfrentar problemas.

No es igual la violencia deliberada y aplicada sistemáticamente, y la ocasional, que aparece de vez en cuando en todas las sociedades. Entrar en el dominio de la moral fue necesario, porque no puede hacerse referencia a la responsabilidad política sin dejar ver que en ella se da el contacto de las relaciones de la política y la moral.

Es lamentable, pero indispensable también, que la política no pueda evitar permanentemente la violencia; pero ciertas concepciones teóricas de la moral se diluyen demasiado fácilmente, por imposibilidad de comprender las dimensiones conflictivas de la ética.

No hay doble moral; cuando se hace un juicio ético, se realiza un análisis para ver si en la actividad que debe calificarse se echó mano de los medios e instrumentos propios de la misma. La violencia es, inevitablemente, un medio de la política que, si hace un uso prudente de ella, debe recibir una sentencia absolutoria.

No es que se pretenda sustraer a la política de los juicios morales, ni de aislar la política de la ética, sino de dejar claro que no son actividades idénticas. Moral y política no tienen en manera alguna el mismo fin. La primera se manifiesta en una exigencia interna del ser humano, y se refiere a la rectitud de los actos personales; cada quien asume la responsabilidad de su deber.

La política, de manera diferente, responde a un requerimiento de la vida en sociedad, y quien se compromete con ella debe saber que participa del destino global de una comunidad. La identificación de la moral y la política siempre ha sido fuente de despotismo y dictadura.

La sola convicción axiológica no podría ser un seguro de eficacia política. Ésta es la oposición básica que Max Weber ve entre la ética de convicción y la de responsabilidad. Él demuestra que la sinceridad, la generosidad y la bondad pueden comprometer la realización de los fines políticos, si se piensa que el bien sólo engendra el bien, y el mal, únicamente el mal. Toda la experiencia y la historia contradicen esta opinión; es frecuente que un ideal ético conduzca a lamentables consecuencias,

así como que una decisión moralmente dudosa pueda tener secuencias positivas o propicias.

Con el fin de dar sentido a sus vidas y a la historia, los hombres procuran lograr, a través de su actividad individual o por la acción de grupos sociales, ciertos fines que son los valores últimos de los propios hombres.

No puede desearse la libertad, la justicia y la paz puras, es decir, independientemente de las condiciones históricas y sociales contingentes. Hay que plantearse el problema de saber si la libertad, la justicia y la igualdad son las bases de la paz, o bien si la paz es la condición de la justicia y de la igualdad; o si ésta lo es de la libertad, o a la inversa. Este tipo de planteamientos es la razón de ser de la diversidad de las filosofías, de las ideas y de los pensamientos políticos.

Ciertamente, tanto la moral como la religión, o la economía, tienen como metas el aseguramiento de la libertad, de la justicia y de la felicidad; esto, porque son aspiraciones generales de los seres humanos, que se realizan por todas las actividades de los hombres y no exclusivamente por alguna de ellas. Por ello, no se trata de fines específicos de lo político.

Deben distinguirse tres tipos de fines: primero, el propósito propio de una actividad; segundo, los objetivos concretos; y tercero, los fines últimos; aunque los que se mencionaron antes no son específicos de la política, están lejos de serle indiferentes o superfluos.

La política implica creencias y una fe, que suponen valores trascendentes, aunque indeterminados. Las finalidades referidas no son objeto de la actividad política, en el sentido empleado antes, como objetivos; es decir, aquéllas no se realizan nunca como tales en una gran obra, sino que orientan y ordenan la acción y le dan sentido. Así, las actividades políticas no son una suma de realizaciones al servicio de la finalidad específica de lo político, sino que están también para servir al hombre.

La fe es existencial, y como tal está en el centro de la acción; si se habla de la libertad, el hombre no está total y definitivamente liberado nunca, ni individual ni socialmente, por lo que debe sin cesar trabajar por la libertad. La fe, así, es el germen de toda creación.

Los fines jamás dejan de ser un proyecto, porque se mantienen como ideas que sirven de modelo a los objetivos de la acción política concreta, y permiten su integración a la vida humana; están en constante relación y recíproca dependencia con las tareas de la economía, la moral, o la religión, por ejemplo, que se regulan asimismo en función de la libertad, la

justicia, y la igualdad. El propósito específico de lo político no tiene valor en sí mismo, sino por virtud de su participación en la conformación de la condición humana y en el avance de la historia.

Dicho de otra manera, la armonía interior y la seguridad externa de una nación constituyen la teleología de la política, en tanto actividad determinada, pero la propia política no tiene sentido sino por las metas últimas que los hombres se proponen alcanzar a través de la colectividad a la que pertenecen.

Éstas son, al lado de la calidad humana de muchos hombres políticos, sólo algunas de las razones para que nos empeñemos en dignificar tan trascendente actividad.

El país de las maravillas en el que se da la política, dice en un espléndido libro Georges Burdeau, no es un mundo encantador, sino un mundo encantado.

Se trata de un mundo en el que la representación de las cosas es más importante que su realidad, y en el que hombres, que en nada se distinguen de la mediocridad común, se encuentran súbitamente investidos por virtud de un procedimiento tan primitivo como el sufragio de un poder que confina la omnipotencia.

Ante la política, el fracaso de la ciencia es patente. Las cosas se mantienen por una magia.

El hecho político en sí no existe. Es preciso entender, por ello, que no hay hecho político que no sea al mismo tiempo un hecho social, y que no haya un fenómeno social que no sea susceptible de revestir un carácter político.

Utilizada en el género masculino, el término “lo político” está lleno de solemnidad; entendida en términos femeninos, el término político degenera hasta presentar un carácter definitivamente peyorativo.

El dominio de lo político es el enfrentamiento con problemas irresolubles.

Pienso que es necesario terminar con una interrogación. Una ciencia política, ¿es posible apuntar al conocimiento del mundo encantado, que es aquél en que se desarrolla la política?

En un mundo en que el materialismo elimina progresivamente las creencias y los valores, a partir de los cuales se constituyeron las morales tradicionales, solamente la fe política escapa al escepticismo. Éste responde a todas las interrogaciones, resuelve toda la inquietud, sobrevive

## POLÍTICA, SU DIGNIFICACIÓN Y FORTALECIMIENTO

775

a todas las disposiciones y estimula las energías. De ella millones de hombres esperan su felicidad, que tales virtudes sean el efecto de una astucia de la función política, para encontrar en la devoción de los fieles el instrumento de su realización, es la tesis que debe defenderse.

Ella no implica, sin embargo, algún juicio opuesto respecto del culto que se rinde a la política. Como el amor, no llama desprecio alguno, porque la naturaleza lo utiliza a los fines de la conservación de la especie, la devoción política no utiliza el sarcasmo, bajo pretexto de que no haría sino responder a un imperativo de la función política.

Desde que el hombre es un ser social, no tiene por qué ruborizarse por cumplir las obligaciones de su condición.

Desmitificar la política no es dejarla atrás, es invitar a responder con lucidez.

Tanto como otras mezquindades o fealdades de cualquier otra actividad humana, la política puede reclamar el tener suficiente generosidad, y a veces egoísmo para no dar lugar a la ironía de un ateísmo vulgar. El incrédulo puede considerar la esperanza que engendra la santidad como un producto de una mistificación; sería a la vez un error y una torpeza desconocerle el incomparable valor humano.